

F. SCOTT FITZGERALD

TRIMALCIÓN

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

F. SCOTT FITZGERALD
TRIMALCIÓN

Traducido del inglés
por Juan Forn

TUSQUETS
EDITORES

CAPÍTULO I

En los tiernos años de mi juventud, mi padre me dijo algo que me quedó grabado para siempre en la memoria: «Cuando quieras criticar a alguien, recuérdate a ti mismo que no todos en el mundo han tenido tus ventajas».

Eso fue todo, pero como ambos hemos sido inusualmente comunicativos en nuestro estilo reservado, entendí que me estaba diciendo algo esencial. En consecuencia, he tendido a reservarme siempre la opinión, un hábito que hizo que me abrieran su corazón personas de lo más interesantes, y unos cuantos pesados también. La mente anormal es rápida para detectar esa cualidad en personas normales como yo, cuando las encuentra en su camino. En la universidad me acusaban injustamente de cortesano, por conocer las penas y desvelos de compañeros de estudios tan avasalladores como herméticos. Nunca busqué esas confidencias: he simulado sueño, preocupación o indiferencia casi hostil cuando veía venir una revelación íntima, porque las revelaciones íntimas de nosotros los jóvenes, al menos los términos en que las expresamos, suelen ser plagios infames de palabras ajenas, además de padecer de omisiones flagrantes. Reservarme la opinión, en cambio, es

una manera de practicar la esperanza. Creo que me perdería algo decisivo de la vida si olvidara por un instante aquello que mi padre me dio a entender de manera tan snob y yo practico de manera igualmente snob: que la decencia viene repartida en forma desigual desde el nacimiento.

Habiéndome jactado así de mi tolerancia, debo confesar también su límite. La conducta humana puede edificarse sobre dura roca o húmedo barro, pero a partir de cierto punto no importa sinceramente qué tiene debajo. Ése era mi estado de ánimo cuando volví del Este el otoño pasado: sólo anhelaba silencio y monotonía; no quería más excursiones de privilegio al corazón humano. Únicamente a Gatsby he eximido de ese veto. A Gatsby, que representaba todo aquello por lo que he sentido siempre absoluto desprecio. Si la personalidad no es más que una sucesión sin pausa de decisiones exitosas, entonces había algo único en Gatsby, una receptividad superior a las promesas de la vida, como si estuviera conectado a una de esas máquinas que registran terremotos a miles de kilómetros de distancia.

No me refiero a esa electricidad nerviosa, dignificada con el nombre de «temperamento creativo». Hablo de otra cosa: de un don extraordinario para la esperanza, una disponibilidad romántica que no he visto en ninguna otra persona y que dudo que vuelva a ver. No fue Gatsby el que desactivó mi interés por las penas y euforias humanas; él resultó de buena madera al final. Fue aquello que lo acechaba, ese polvo tóxico que flotaba en la estela de sus sueños, el culpable.

Mi familia lleva tres generaciones de prosperidad y buena reputación en esa ciudad del Medio Oeste que es mi ciudad natal. Los Carraway somos una especie de clan, hay quien dice que descendemos de los Duques de Buccleuch, aunque el verdadero fundador de nuestro linaje fue el hermano de mi abuelo, que llegó en 1851 a estas costas, tuvo el tino de enviar un sustituto en su lugar a la Guerra Civil y se dedicó de cuerpo entero al negocio de ferretería que mi padre dirige al día de hoy.

Yo no vi nunca a ese tío abuelo, pero dicen que me parezco a él, o al menos a ese retrato suyo que cuelga en la oficina de mi padre. Me gradué en New Haven exactamente veinticinco años después que él y poco después (1915) me sumé a esa reacción colectiva contra el expansionismo teutón, conocida como la Gran Guerra. Fue tan vívida la experiencia que volví transformado al Medio Oeste: ya no me parecía el cálido centro de la tierra sino un rincón perdido del universo. Quería poner proa a la Costa Este, para aprender el negocio de la Bolsa. Toda la gente del Este que conocía estaba en el negocio de la Bolsa, así que me imaginé que habría lugar para uno más. Tíos y tías convergieron en casa para analizar el asunto en conciliábulo familiar y finalmente dieron el sí con expresión grave y vacilante. Mi padre aceptó financiarme por un año y así fue como llegué a Nueva York, con la idea de quedarme para siempre, en la primavera de 1922.

Lo razonable hubiera sido alquilar un cuarto en la ciudad, pero era una primavera sofocante y yo venía de un mundo de amplios jardines y amables arboledas, así

que cuando un colega de la oficina me sugirió alquilar una casita juntos en algún pueblo de las afueras de Nueva York, me pareció buena idea. La casa la encontró él, un bungalow de cartón pintado a ochenta dólares mensuales, pero a último momento lo mandaron a Washington, así que tomé posesión de ella solo. Llegué con un Dodge viejo y un perro que se escapó a los pocos días, y una señora finlandesa aparecía todas las mañanas a prepararme el desayuno y murmurar sabios consejos finlandeses mientras adecentaba la casa.

Me sentí sapo de otro pozo los primeros días, hasta que un hombre aun más recién llegado que yo detuvo su coche y me preguntó cómo se llegaba al pueblo. Ya no me sentía forastero cuando seguí mi camino: me sentía un guía, un oriundo, un nativo de la comarca. Como en cámara rápida vi crecer las hojas en los árboles y hacerse más largos los días y sentí que mi vida comenzaría de nuevo con el verano. Tenía tanto para leer y tanta salud para derrochar... Había comprado una docena libros sobre finanzas e inversiones que acomodé en la repisa como si fueran fajos de billetes recién salidos del Banco: sus nobles lomos con letras doradas prometían revelar secretos que sólo Midas, Morgan y Rotschild conocían. El plan era sentarme a leer esos libros y muchos más. Había sido bastante literato en la universidad, incluso tuve a mi cargo durante un año el editorial del *Yale News*; me gustaba leer. Sólo se trataba de recuperar aquel estilo, volver a ser uno más de esos «especialistas en nada», los peores de todos los especialistas, los más falsos. No es una boutade: la vida se ve mejor desde una ventana sola.

Fue por pura casualidad que desembocara en aquella isla, una de las comunidades más peculiares de toda Norteamérica, una lengua de tierra tan angosta como vociferante que se extiende paralela a Nueva York y donde, a la altura del Bronx, se alzan dos promontorios de tierra en forma de óvalos idénticos, separados por una bahía, conocida como la superficie de agua salada más calma de todo el hemisferio occidental, el Long Island Sound. Ni East Egg ni West Egg son óvalos perfectos: como el huevo de Colón, ambos tienen una abolladura donde se tocan. Su semejanza fisonómica ha de ser fuente de perpetua confusión para las gaviotas que les vuelan por encima; para los seres terrestres, en cambio, lo que llama la atención son todas las cosas que los diferencian excepto forma y tamaño.

Yo vivía en West Egg, el lado menos elegante de los dos, aunque ésa es una manera muy superficial de expresar el colorido contraste entre ambos. Mi morada estaba en la mismísima punta del huevo, a sólo cincuenta pasos del agua, apretada entre dos caserones inmensos que se alquilaban a doce mil dólares por temporada. La de mi derecha era una mole colosal desde cualquier punto de vista: una imitación en tamaño real de cierto Hôtel de Ville de Normandía, con una prolijísima barba de hiedra en sus muros, enorme piscina de mármol y más de dos hectáreas de césped cortado por peluqueros. Esa era la mansión de Gatsby. O, para ser más preciso, la mansión que habitaba un caballero de ese nombre a quien yo aún no conocía. Mi chalecito era un adefesio, pero un adefesio pequeño, como si hubiera sido pasado por alto, cosa que me permitía tener una vista panorá-

mica de la bahía y de los fastuosos jardines que me rodeaban, más una estimulante proximidad con vecinos millonarios, por sólo ochenta dólares al mes.

Bastaba mirar al otro lado de la bahía para ver refluir en las aguas los palacios del elegante East Egg, y así empieza la historia de aquel verano: la tarde en que me dirigí al otro lado de la isla a cenar con los Buchanan. A Tom Buchanan lo conocía de la universidad; su esposa Daisy era mi prima segunda. Recién terminada la guerra había pasado dos días con ellos en Chicago.

Entre otras proezas físicas, Tom había sido uno de los delanteros más potentes y populares que habían jugado al fútbol universitario, uno de esos titanes que alcanzan a los veintiún años tal excelencia deportiva que todo lo que viene después es una especie de anticlímax. Su familia era enormemente rica (ya en el colegio secundario era tema de conversación la manera en que Tom gastaba dinero), pero su traslado de Chicago al Este había superado todos los parámetros: sin ir más lejos, se había traído todos los petisos de polo que poblaban su caballeriza en Lake Forest. Era casi inconcebible que alguien de mi propia generación fuese tan rico.

Por qué se instalaron allí Tom y Daisy, no lo sé. Antes habían pasado un año en Francia sin saber qué buscaban exactamente, y luego vagaron sin sosiego de aquí para allá, deteniéndose en cada lugar donde hubiera caballos de polo y millonarios como ellos. Habían llegado al Sound para quedarse, me dijo Daisy por teléfono, pero no le creí: dijera lo que dijere el corazón de mi prima, su marido iba a seguir en perpetuo movi-

miento, porque lo que anhelaba, lo que añoraba, era la adrenalina de sus hitos de juventud.

De manera que una tarde agradablemente tibia partí hacia East Egg a ver a esos dos viejos amigos a los que apenas conocía. La casa era más pretenciosa de lo que esperaba, una mansión colonial en blanco y rojo, con vista a la bahía. El gigantesco jardín iba de la playa hasta las puertas de la galería e incluía relojes de sol, senderos de grava y macizos florales. Al llegar a la casa el césped parecía envolverla en forma de coquetas enredaderas. En el frente, había una serie de puertas ventana abiertas de par a par a la brisa de la tarde. Allí me esperaba Tom Buchanan parado con las piernas abiertas, en impecable ropa de montar.

Había cambiado desde sus años de universidad. Ahora era un robusto treintañero de pelo castaño, duro semblante y modales al borde de lo despectivo. Su arrogante mirada seguía siendo el centro de su cara y seguía haciendo retroceder a su interlocutor. Ni siquiera el corte feminoide del pantalón de montar disimulaba la enorme potencia de ese cuerpo: parecía llenar las botas hasta casi reventar las costuras, y lo mismo pasaba con la masa muscular debajo de la camisa. Era un cuerpo capaz de todo, un cuerpo cruel.

Su áspera voz de tenor completaba el cuadro. Había un toque paternal de menosprecio en ella, incluso con aquellos que le caían bien, y desde sus tiempos universitarios eran legión quienes lo odiaban. Pero él se limitaba a pensar: «Lo siento, no puedo evitar parecer más fuerte y más hombre que todos ustedes». En la universidad estuvimos en la misma fraternidad; nunca

fuimos íntimos pero siempre tuve la impresión de que me aprobaba y de que incluso quería caerme bien, a su manera recia y altanera.

Tom decidió que debíamos conversar unos instantes en la galería antes de entrar.

—Como verás, me conseguí un buen lugar —dijo abarcando con la mano el enorme jardín e incluso la lancha que flotaba junto al amarradero—. Pertenecía a Demaine, el petrolero —me informó. Luego giró abruptamente y dijo: —Vamos adentro.

Entramos en un enorme ambiente rosado, unido frágilmente a la casa por ventanales. La frescura del pasto parecía continuar adentro y las cortinas blancas flotaban como banderas, rozando las rosadas molduras del techo y produciendo en la alfombra el mismo efecto que el viento hace sobre la superficie del mar.

El único objeto inerte en todo el ambiente era un enorme sofá sobre cuyo respaldo asomaban dos jovencitas como si espieran el paisaje desde un globo. Las dos estaban de blanco; sus vestidos eran casi inmateriales y parecían haberse posado sobre sus cuerpos después de flotar por toda la casa. Debo de haber permanecido unos instantes contemplando los efectos del viento hasta que, con un ruido sordo, Tom cerró las ventanas y las cortinas y las muchachas se depositaron suavemente en la superficie.

Nunca había visto a la más joven de las dos. Estaba desparramada sobre el sofá en completa inmovilidad, con el mentón en alto, como si sostuviera algo a punto de caer. Si me vio por el rabillo del ojo no dio la menor señal; de hecho, terminé murmurando una disculpa por

interrumpir sus actividades. La otra ocupante del sofá era Daisy y su intento por incorporarse desembocó en una carcajada tan absurda como encantadora, que me hizo reír a mí también y avanzar hacia ellas.

—Estoy *paralizada* de felicidad —dijo y siguió riéndose como si hubiera dicho una agudeza mientras tomaba mi mano, me miraba a los ojos y decía que no había nadie en el mundo a quien quisiera ver más que a mí. Así era Daisy.

También susurró el nombre y apellido de su compañera pero no alcancé a oír más que Baker. Se decía que Daisy hablaba en susurros sólo para hacerse la misteriosa y lograr que la gente se inclinara más hacia ella, pero eso no la hacía menos encantadora. Baker me saludó con un casi imperceptible movimiento de cabeza, casi de los párpados, y retomó su inmovilidad, como si el objeto que sostenía su mentón hubiera amenazado caer. Estuve a punto de pedirle que me considerara invisible, ésa es la clase de efecto que tiene sobre mí cualquier manifestación de autoconfianza.

Daisy empezó a hacerme todo tipo de preguntas en su inimitable estilo. Había algo musical en su voz, que casi formaba en el aire las notas que la componían antes de deshacerse. Los rasgos de su cara se complementaban de una manera adorable, había fulgor en sus ojos y pasión en su boca, pero era la voz lo que resultaba difícil de olvidar después, a todo hombre que la conocía: una compulsión cantarina, una complicidad en el susurro, la promesa de que había estado haciendo hasta recién cosas fascinantes, y que la próxima hora auguraba todo tipo de cosas fascinantes.

Le conté que había hecho una parada en Chicago, camino a Nueva York, y que una docena de personas le mandaban saludos.

—¿Me extrañan? —dijo ella encantada.

—Dejaste desolada la ciudad. Todos los coches pintaron de negro la rueda de auxilio en señal de duelo y todas las noches se oye un lamento ululante desde las aguas, a todo lo largo de la costa.

—¡Qué hermoso! Volvamos, Tom. ¡Mañana! —y como si de pronto volviera en sí, agregó: —Tienes que ver a la bebé.

—Me encantaría.

—Está durmiendo, ahora. Ya cumplió tres. ¿Nunca la viste?

—Nunca.

Tom había estado en movimiento perpetuo desde que habíamos entrado. Ahora me apoyó una mano en el hombro, y la dejó ahí mientras preguntaba:

—¿Qué has estado haciendo, Nick?

—Trabajo en la Bolsa.

—¿Con quién?

Mencioné el nombre de mi empleador.

—Nunca lo oí nombrar —dijo él.

Me irritó un poco.

—Ya oirás hablar de él. Si te quedas en el Este.

—Nos quedaremos, créeme —dijo Tom, mirando a Daisy y volviendo de inmediato la mirada hacia mí, como si temiera perderse algo—. Sería un idiota si viviera en cualquier otra parte.

A lo que Baker agregó:

—Absolutamente.

Lo dijo con tal convicción que no sólo me tomó por sorpresa a mí (era la primera palabra que le oía pronunciar desde que habíamos entrado con Tom) sino que ella misma se asombró también, por lo que procedió a bostezar e incorporarse.

—Estoy a punto de fosilizarme. Llevo *décadas* echada en ese sofá.

—A mí no me mires —le retrucó Daisy—. Estuve toda la tarde tratando de convencerte de ir a la ciudad.

—Terminantemente prohibido —dijo Baker, esquivando la bandeja de cócteles que se acercaba a nosotros—. Estoy entrenando.

Tom la miró con incrédulo desdén.

—¡Se nota! —dijo, y alzó una copa de la bandeja y se la bebió como si hubiera habido sólo una gota en el fondo—. Lo que me supera realmente es cómo logras lo que te propones.

Yo miré a Baker y me pregunté qué sería lo que se proponía y cuánto de eso lograba. Me gustó mirarla. Era esbelta, grácil y bien proporcionada, caminaba muy erguida, como un cadete. Sus ojos grises se cruzaron con los míos en recíproca curiosidad, mientras el resto de su cara mantenía una imperturbable languidez. Tuve la impresión de que había visto su cara en alguna foto de los diarios.

—Vives en West Egg, ¿verdad? —me estaba diciendo ella, como si le hablara al aire—. Conozco a alguien que vive allá.

—No conozco a nad...

—No puedes no conocer a Gatsby.

—¿Gatsby? —dijo Daisy—. ¿Qué Gatsby?

Antes de que yo pudiera comentar que era mi vecino anunciaron que la cena estaba lista. Tom me agarró del brazo imperativamente y me arrastró como quien mueve de casillero una pieza de ajedrez, mientras las damas flotaban por delante de nosotros hacia la galería, donde había una mesa impecablemente servida con velas, mirando hacia el atardecer.

—A quién se le ocurre, velas —dijo Daisy, apagándolas una a una con dos dedos—. En dos semanas será el día más largo del año. —De golpe giró hacia nosotros y dijo: —¿Ustedes también se la pasan esperando el día más largo del año y después se olvidan y se lo pierden, todos los años igual?

—Podríamos planear algo para este año —dijo lánguidamente Baker, y se sentó a la mesa como si se acostara en una cama.

—Gran idea —dijo Daisy—. ¿Qué plan? ¿Qué planes hace la gente en estos casos? —dijo volviéndose hacia mí.

No me dio tiempo a contestar. Su meñique había acaparado toda su atención.

—¡Oh, no, me lastimé! Miren.

Todos miramos su meñique. Estaba amoratado.

—Fue tu culpa, Tom —dijo Daisy acusadoramente—. Ya sé que no quisiste hacerlo, pero lo hiciste igual. Eso me pasa por haberme casado con un bruto, con un salvaje y voluminoso espécimen de...

—Va a llover mañana —dijo Baker mirando al cielo—. ¿Cuánto apuestas, Tom? ¿Veinticinco dólares?

—Yo apuesto siete —dijo Daisy—. Es lo que me debe este salvaje y voluminoso espécimen...

—Odio la palabra voluminoso —dijo Tom—. Incluso en chiste.

—Voluminoso —le dijo Daisy.

Durante la cena, Daisy y Baker superponían sus voces una encima de la otra con una despreocupación tan flagrante y etérea como sus vestidos blancos y sus miradas vacías de todo anhelo. Estaban ahí, y aceptaban nuestra compañía, sólo para entretener y ser entretenidas. Sabían que la cena terminaría en breve y la noche también, tan distintas de como eran en el Medio Oeste, donde una velada va arrastrándose de etapa en etapa rumbo a su fin, en anticipación perpetuamente fallida o en tensión creciente hasta su decepcionante desenlace.

—Me haces sentir incivilizado —le confesé a Daisy después de segunda copa—. ¿No podríamos hablar de cosechas o algo así?

—La civilización se está cayendo a pedazos —dijo Tom sentenciosamente—. Imposible no ser pesimista. ¿No leyeron *El ascenso de los imperios de color*, de ese tipo Goddard?

—Ehhh, no —contesté, sorprendido de que Tom hubiera leído algo.

—Pues deberías leerlo. Todos deberían leerlo. La idea es que, si no la protegemos, la raza blanca será destruida. Está probado científicamente.

—Tom se está poniendo profundo —dijo Daisy con desilusión—. Lee libros sesudos, llenos de palabras difíciles. ¿Cómo era esa palabra que...?

—Son libros científicos —insistió Tom, mirándome con impaciencia—. Este tipo Goddard ha llegado al fon-

do del asunto. Depende de nosotros como raza dominante vigilar que las otras razas no alcancen el control.

—Debemos aplastarlos —susurró Daisy parpadeando.

—O mudarnos a California —dijo Baker, pero Tom la interrumpió reacomodándose ruidosamente en su silla.

—La idea es que somos nórdicos. Tú y tú y yo y...

—Luego de una pausa infinitesimal incluyó a Daisy en el grupo y se volvió de nuevo hacia mí: —Somos nosotros los que hemos producido todas las cosas que hacen funcionar una civilización, la ciencia y el arte y todo eso, ¿me sigues?

Había algo patético en su convicción, como si su arrogancia de siempre ya no alcanzara. Entonces sonó el teléfono en alguna parte de la casa y el mayordomo partió en esa dirección. Daisy aprovechó para susurrarme al oído:

—Te voy a contar un secreto familiar. Es sobre la nariz del mayordomo. ¿Quieres que te cuente?

—A eso vine esta noche.

—Bueno, parece que no fue siempre mayordomo; antes era lustrador de platería de una gente de Nueva York que tenían una vajilla para doscientos invitados. De la mañana a la noche se la pasaba lustrando hasta que le afectó el olfato y...

—Las cosas fueron de mal en peor —acotó Baker sin mirarme.

—Eso. De mal en peor hasta que tuvo que dejar el puesto.

El último rayo de sol se posó con ternura en su rostro. La voz de Daisy me atraía hacia ella para no

perderme palabra. La luz del día se fue extinguendo tal como los niños abandonan la calle cuando oscurece. El mayordomo reapareció y murmuró algo al oído de Tom, que empujó hacia atrás su silla y se levantó de la mesa. Como si su ausencia facilitara las cosas, Daisy se inclinó hacia mí y recuperó su melodioso ánimo.

—Estoy feliz de tenerte en mi mesa, Nick. Eres como una rosa. ¿No te parece? —preguntó a Baker—. ¿No es como una rosa perfecta?

Nada menos cierto. No me parezco ni remotamente a una rosa. Daisy sólo se estaba dejando llevar, tratando de que la calidez que venía de su corazón se colara en su susurro cantarino. Pero de pronto dejó caer la servilleta sobre el plato, se excusó y nos dejó solos en la mesa. Baker y yo cruzamos una mirada que evitaba toda expresión. Yo estaba a punto de decir algo cuando ella me chistó: un murmullo apasionado llegaba hasta nosotros desde el interior de la casa y Baker intentaba escuchar sin ningún pudor. Por un momento el rumor pareció hacerse inteligible pero luego cesó.

—Ese Gatsby que mencionaste antes es mi vecino —dije, por decir algo.

—Shhh. Déjame escuchar qué pasa.

—¿Está pasando algo?

—¿No lo sabes? Creí que todo el mundo lo sabía.

—No sé nada.

—Hmm —dijo ella sin convencerse del todo—. Parece que Tom tiene una fulana en Nueva York.

—¿Una fulana?

—Podría tener al menos la decencia de no llamarlo a la hora de la cena, ¿no te parece?

Antes de que pudiera reaccionar oímos pasos y Tom y Daisy volvieron a la mesa.

—Un compromiso impostergable, perdonen —dijo Daisy con una sonrisa tensa—. Me asomé al jardín recién y está muy romántico. Creo que vi un ruiñón, ha de haber venido de polizón en algún transatlántico de la Cunard o la White Star, y estaba cantando tan románticamente... ¿No es romántico, Tom?

—Muy romántico —contestó él y con el mismo tono me dijo: —Cuando terminemos aquí quiero que veas algo en las caballerizas.

El teléfono volvió a sonar adentro, como un intruso. Daisy miró significativamente a Tom y el tema de las caballerizas y todo otro tema de conversación se evaporó en el aire. Alguien encendió las velas y yo luché con la necesidad de mirar francamente a los ojos a todos y al mismo tiempo evitar sus miradas. Ignoraba qué estaban pensando Tom y Daisy; creo que ni siquiera Baker, a pesar de su mundana indiferencia, era capaz de ignorar la metálica urgencia de aquel quinto huésped en nuestra mesa. Ciertos temperamentos habrían sentido intriga por la situación; mi reacción instintiva hubiera sido llamar a la policía.

Huelga decir que las caballerizas no fueron mencionadas nuevamente. Tom y Baker enfilaron hacia la biblioteca separados por varios metros de penumbra, como si los convocaran distintos propósitos, mientras yo seguía a Daisy a través de las puertas que daban al jardín. Su tristeza era visible cuando nos sentamos en unas reposeras de mimbre. Se cubrió el rostro con las manos como si necesitara palpar su belleza, y luego

dirigió su mirada hacia la oscuridad. Para alejarla de sus turbulentas emociones intenté interesarme en su hijita.

—No nos conocemos demasiado, Nick. Aunque seamos primos. Ni siquiera viniste a mi casamiento.

—Estaba en la guerra, Daisy.

—Es cierto. —Dudó un instante y luego confesó: —Estoy pasando una mala temporada; me he convertido en una cínica.

Evidentemente tenía sus razones. Esperé sus siguientes palabras pero ella no dijo nada, así que insistí con el tema de su hijita.

—Ya habla, supongo.

—Oh, sí, claro —contestó distraídamente—. ¿Quieres saber lo que dije cuando nació? ¿Te interesa?

—Muchísimo.

—Te demostraré lo que siento acerca de todo. No había pasado una hora del parto, Tom estaba vaya a saberse dónde. Desperté de la anestesia casi sin fuerzas y le pregunté a la enfermera si era varón o niña. Cuando me dijo que era una niña di vuelta la cabeza y lloré. Y me dije: «Está bien, me alegra que sea una niña. Y ojalá sea una tonta. Es lo mejor que le puede pasar a una niña en este mundo: ser hermosa y tonta». Estarás pensando que es terrible lo que digo. Pero todas las personas que conozco piensan lo mismo. Lo sé. He estado en todas partes, lo he visto todo. —Sus ojos centellearon desafiantes, casi como los de Tom, y luego rio con desprecio. —¡Qué sofisticada soy! Oh, Dios, qué sofisticada.

Cuando su voz se apagó, y con ella cesó mi suspensión del juicio, advertí la flagrante falsedad de lo que había dicho. Me sentía muy incómodo, como si toda la

velada hubiera sido una puesta en escena para obtener cierta reacción de mi parte. Esperé en silencio, pero un instante más tarde Daisy ya se había recompuesto y me dirigió un mohín de rampante coquetería, que daba a entender a las claras la existencia de una selecta sociedad secreta a la que ella y Tom y sólo unos pocos más pertenecían.

La biblioteca refulgía de luz. Tom y Baker estaban sentados en extremos opuestos del mismo sofá. Ella le leía en voz alta y sin inflexiones un cuento del *Saturday Evening Post*. La luz de las lámparas se reflejaba en las botas de montar de él, hacía aun más otoñal el tono del cabello de ella y daba un satinado irreal a las páginas de la revista que sostenía en sus brazos exquisitamente dorados. Cuando nos vio entrar nos hizo guardar silencio con un dedo en alto.

—... y continuará en el próximo número —recitó. Luego dejó caer la revista sobre la mesa, se puso de pie con elasticidad y, como si hubiera leído la hora en el techo, dijo: —Las diez. Hora de que este cuerpito se vaya a la cama.

—Jordan tiene torneo mañana —me explicó Daisy—. En Westchester.

De pronto entendí por qué me era familiar su rostro. Se trataba de Jordan Baker, la golfista. Había visto muchas veces sus soberbias facciones en fotos que ilustraban sus triunfos en Ashville, Hot Springs y Palm Beach. Había oído también una historia desagradable sobre ella, pero ya no la recordaba.

—Hasta mañana —nos dijo con voz ronroneante—. Despiértense a las ocho, por favor.

—Si logras levantarte.

—Me levantaré. Buenas noches, Carraway; nos estamos viendo.

—Por supuesto que sí —dijo Daisy—. Yo me encargaré de eso. Tienes que volver a visitarnos, Nick. Y los encerraré a ambos en el armario de la ropa blanca, o los empujaré mar adentro en un bote, esa clase de cosas.

—Que conste que no he oído una palabra —dijo Jordan Baker desde la escalera.

—Es una buena chica —dijo Tom instantes más tarde—. No deberían dejarla andar por ahí así.

—¿Quiénes no deberían? —preguntó Daisy secamente.

—Su familia.

—Su familia es una tía de mil años. Además, Nick cuidará de ella a partir de ahora. ¿Verdad que lo harás, Nick? Va a estar aquí todo el verano. Creo que serás una buena influencia para ella.

Daisy y Tom se contemplaron en silencio largamente.

—¿Es de Nueva York? —pregunté yo.

—No, de Louisville. Pasamos juntas la infancia. Nuestra maravillosa, inmaculada...

—¿Tuviste tu charla íntima con Nick allá afuera? —preguntó Tom de golpe.

—¿La tuve? —dijo ella—. No me acuerdo. Creo que hablamos de la raza nórdica. Sí, eso hicimos. El tema se nos impuso solo y cuando quisimos darnos cuenta...

—No creas todo lo que escuchas, Nick —me aconsejó Tom.

Yo comenté con falsa despreocupación que no había escuchado nada y unos minutos más tarde me levanté para volver a casa. Ambos me acompañaron hasta la puerta y permanecieron uno al lado del otro bajo la luz del porche mientras yo subía a mi auto. Cuando arranqué el motor Daisy gritó:

—¡Espera! Olvidé preguntarte algo importante. Alguien me dijo que te habías comprometido con una chica allá.

—Es cierto —corroboró Tom—. Eso oímos por ahí.

—Una calumnia. Soy demasiado pobre.

—Pero se lo oímos decir a tres personas —dijo Daisy, abriéndose de nuevo como una flor—, de manera que debe ser cierto.

Por supuesto sabía bien a qué se referían, pero dicho compromiso era inexistente. De hecho, una de las razones por las que había partido hacia el Este era por esos chismes. Uno no deja de salir con una vieja amiga por esa causa, pero yo no tenía la menor intención de terminar casado por culpa de chismes.

Me conmovió el interés de Tom y Daisy, hasta me hizo verlos menos inalcanzables en su riqueza, aunque no por eso se aplacó mi incomodidad mientras volvía a West Egg. Lo que pensaba era que Daisy debía irse cuanto antes de esa casa con su niña en brazos, cosa que no tenía la menor posibilidad de suceder. En cuanto a Tom, que tuviera una fulana en Nueva York me resultaba menos sorprendente que el hecho de que hubiera leído un libro entero hasta el final, como si a su tosco egoísmo ya no le alcanzara con los estímulos habituales y necesitara hincar el diente en ideas rancias.

El verano ya se podía palpar a mi alrededor mientras pasaba con el auto delante de las posadas y tiendas al costado del camino. Cuando llegué a mi bungalow bajé y me senté un rato sobre una cortadora de pasto abandonada. El viento había dejado de soplar, la noche era apacible, se oía un rumor de alas en los árboles y los fuelles de la tierra hacían croar a las ranas su canto de vida. La silueta de un gato pasó fugazmente a mi costado y, al volver la vista, descubrí que no estaba solo: a unos veinte metros de distancia, en el enorme jardín vecino, una figura había emergido de las sombras y estaba parada con las manos en los bolsillos, contemplando la pimienta plateada de las estrellas. Algo en la soltura de sus movimientos y la confiada pose de su cuerpo me hizo pensar que se trataba del mismísimo Gatsby, evaluando qué porción de los cielos era suya.

Estuve a punto de acercarme. Mencionaría a Jordan Baker, eso bastaría como presentación. Pero no llegué a hacerlo; entendí que Gatsby prefería estar solo cuando vi que tendía los brazos hacia las aguas oscuras de la bahía. A pesar de la distancia me pareció que temblaba. Dirigí la mirada hacia donde apuntaban sus brazos, pero no alcancé a distinguir más que una luz verde titilando en la lejanía, seguramente en el extremo de un muelle. Cuando volví a mirar a Gatsby, ya se había ido, dejándome a solas en aquella inquietante oscuridad.